

Una historia verdadera

Gustavo Martín Garzo

La historia que Claudia me contó esa noche tuvo lugar en un pueblo del sur cercano a Algeciras adonde fue con una amiga a pasar unos días. Los padres de su compañera tenían allí una casa y las dos iban a estar solas. El pueblo tenía un pequeño puerto en que se mezclaban las embarcaciones deportivas con las barcas de los pescadores que faenaban en las aguas cercanas.

Era una noche de agobiante calor, continuó Claudia. Hacía mucho viento y la gente buscaba lugares donde refugiarse. Mi amiga y yo llevábamos dos vestidos muy ligeros que apenas podíamos mantener en su sitio, y los pescadores nos decían cosas al pasar que nos hacían reír. Era el viento de levante que traía consigo el calor del desierto. Allí decían que ese viento llevaba con él la locura y a la gente le dolía la cabeza y se volvía irritable cuando soplabla con fuerza. Nos refugiamos en unos soportales. Yo, en esa época, era bastante pánfila. Estaba estudiando Filosofía y Letras y aún mantenía mis vínculos con las monjas del colegio. Pero era una chica guapa y, a pesar de mi timidez, me moría de ganas de amar y de tener aventuras. Los soportales resultaron ser la lonja del pescado. Los pescadores habían extendido en el suelo sus peces y recibían ofertas por ellos. Había un pez muy extraño, enorme e informe, al que aún se sentía respirar y cuya mirada hablaba de esa vida oculta que hay en el fondo del mar. Y allí, justo detrás de nosotras, mirándonos sin pestañear estaba aquel muchacho. Nos sacaba la cabeza y era de una

blancura casi sobrenatural. A mi amiga se le cayó el bolso al suelo y él se agachó a recogerlo. Tenía las manos heladas y se sobresaltó cuando se lo dio.

Volvimos a verle en el puerto. El viento había cesado y el cielo estaba lleno de estrellas. Había allí un mendigo y me acerqué a darle unas monedas. Mi amiga corrió hasta mí y me susurró al oído que el muchacho de la lonja estaba detrás de nosotras sin quitarnos ojo. Continuamos nuestro paseo hasta el pueblo, y le perdimos de vista. Un hombre joven estaba tocando en una plaza canciones latinoamericanas y nos detuvimos a escucharle. Una de las canciones hablaba de las pequeñas marcas que tienen los cuerpos que amamos. La mujer que le gustaba tenía un lunar junto a la boca y el cantante le pedía que se lo guardara para él. Le pedía el lunar, pero lo que quería era su boca.

Había allí un bar y nos sentamos en la terraza. El muchacho no tardó en aparecer, ya que nos estaba siguiendo. Se acercó a nuestra mesa y nos pidió con gestos si podía sentarse. Le dijimos enseguida que sí. Era muy guapo y tenía unas manos grandes y delgadas, que puso delicadamente sobre la mesa. Nos habló en una lengua que no habíamos oído nunca, y pronto comprobamos que tampoco él sabía una palabra de la nuestra. Mi amiga y yo chapurreábamos el francés, pero tampoco así pudimos entendernos. Empezábamos a desesperarnos cuando se puso a mover las manos. Tenía el poder asombroso de hacerse entender con ellas y en un momento nos había explicado que venía de un país lejano del norte de Europa y que iba a hacer noche aquí antes de coger el barco que le llevaría el otro lado del estrecho. Viajaba a África para visitar el desierto. Nosotras le mirábamos maravilladas. No tanto por la facilidad con que se hacía entender, sino por el esplendor de los gestos con que lo hacía. Aquellas manos hablaban de un cuerpo distinto, un cuerpo escondido en el interior del otro, capaz de llevarnos a ese mundo insensato y libre que promete el deseo. ¡Cómo no mirarlo, cómo no estar pendiente de lo que quería, de adónde te podía llevar! Era como esos bellos bandidos de las leyendas por los que las muchachas se dejan raptar, pues ya se sabe que el corazón no puede vivir sin algo por lo que penar y sentirse curioso. Mi amiga fue a buscar un papel y un bolígrafo y, tras escribir en él nuestros nombres, se lo tendió a él para que escribiera el suyo. Se llamaba August y nos dijo que al día siguiente tomaría el ferry para Tánger y que estaba buscando un lugar donde pasar la noche. Mi amiga me susurró al oído que podíamos invitarle a que durmiera en nuestra casa. Iba a contestarle que no, que no le conocíamos de nada, pero ella ya se me había adelantado y le hizo ver con gestos que podía venirse con nosotras. Un grupo de chicos y chicas empezó a llamarnos. Allí cerca, un poeta iba a leer sus versos y nos animaban a ir. Era un lugar pequeño, atestado de gente. El poeta era un hombre mayor, que esperaba en un rincón. Leyó varios poemas. En uno de ellos hablaba de una mujer alta que le llevaba de la mano *“a una ciudad verdadera / que vive en otro tiempo”*. Y añadió: *“Quiero avanzar / por los paseos abiertos / en parques donde juegan niños / que soñarán el Universo. / Quiero que mi sangre lata / junto a esa muchacha tan alta / que corre los senderos”*. Al terminar el poema, se puso a hablar de lo que era para él la poesía, que comparó con un palacio. No le entendíamos bien, pues había mucho ruido y nos

perdíamos parte de sus palabras. Dijo que los palacios de los reyes tenían que ver con el poder, los de los amantes y los de los niños con lo que no conocíamos. Un palacio con una parte maldita, eso era la poesía. Allí convivían reyes y sirvientes, gobernantes y decapitados, deleites y torturas, vivos y muertos. Nuestro amigo le escuchaba sin pestañear, aunque no estuviera entendiendo nada. Me recordó a esos caballos que en los prados alzan la cabeza y miran a un lado y a otro buscando algo inaprensible para los ojos humanos. Salimos de allí arrastrándolo de la camisa, ya que por alguna razón que desconocíamos no se quería marchar. Habíamos bebido más de la cuenta y nos reíamos por cualquier tontería. Caminábamos abrazadas a él, recogidas bajo sus largos brazos, como esos animales que buscan refugio en el cuerpo de los más grandes. El cielo estaba lleno de estrellas y nos entretuvimos buscando las pocas que conocíamos: Sirio, la Osa Mayor, Hydra, la Cruz del Sur. El rastro luminoso de la Vía Láctea formaba en el cielo una escritura de luz. ¿Estaba escrito allí lo que iba a pasar esa noche? Nos detuvimos en un jardín. El muchacho buscó en su mochila y sacó tres bolas con las que se puso a hacer juegos malabares. No me había enamorado nunca pero me imaginé que el amor debía de ser algo así: un muchacho bello que juega con las cosas, descubrir al verlo que la simple presencia de las cosas es más importante que las explicaciones que no tenemos.

Por fin llegamos a casa. Había dos dormitorios. Uno con dos camas, donde dormíamos nosotras; y el otro, con la cama matrimonial de los padres de mi amiga, que fue donde alojamos a August. Nos enseñó el boleto para el ferry que salía de Algeciras al día siguiente, y le dijimos que nosotras le acompañaríamos al puerto. Nos sentamos a tomar otra cerveza. Yo tenía mucho calor y fui a darme una ducha. Pasé un buen rato bajo el agua y cuando regresé August y mi amiga se estaban besando. No quise interrumpirles y me fui a nuestro cuarto. Pero empecé a dar vueltas en la cama sin conseguir conciliar el sueño. La casa estaba en completo silencio y me preguntaba qué estarían haciendo. Me levanté y con el oído en la puerta permanecí un rato escuchando. Les oí hablar. Ninguno de los dos conocía el idioma del otro, ¿qué se podían estar diciendo? Les sentí levantarse y cruzar el salón entre risas en dirección al dormitorio de los padres. Oí el ruido de la puerta al cerrarse y regresé a mi cama. Me parecía que mi amiga era una fresca y estaba obrando mal, pero a la vez envidiaba secretamente su atrevimiento y que en ese momento tuviera en los brazos a aquel guapo muchacho. ¿Qué sería que te acariciara y te llenara de besos, me pregunté, qué estar acostada en la cama y sentir su cuerpo junto al tuyo? Oí a mi amiga gemir, esta vez con claridad. Sus sonidos recordaban los maullidos nocturnos de los gatos. Callaron un rato para empezar enseguida de nuevo. Y esta vez los ruidos y los gritos fueron más fuertes y extraños, como si se mezclaran en ellos el placer y el dolor. No se cansaban nunca y cuando por fin se durmieron yo estaba completamente desvelada. Hacía un calor insoportable y daba vueltas y vueltas en la cama incapaz de dormir. Tenía la garganta seca y fui a la cocina a por agua. Acababa de servírmela cuando oí ruidos a mi espalda. Era August, que estaba en la puerta. También él se había levantado a beber. Le pregunté con gestos si quería un poco de agua y me dijo que sí. Estaba completamente desnudo pero se comportaba como si no le importara que le viera así. Yo nunca había visto a un

hombre desnudo. Había visto a niños, pero no a hombres hechos y derechos. No había visto sus sexos. Había tenido como es lógico mis sesiones de caricias y besos, y había sido consciente en los bailes de las erecciones de mis compañeros, pero esa era toda mi experiencia en ese campo. Iba a despedirme de él, para regresar a mi cama, cuando algo inexplicable me retuvo. Pensaba en lo que había estado oyendo minutos antes. En los gemidos de mi amiga, en las palabras que les había oído decirse. Ninguno de los dos entendía la lengua del otro, entonces ¿de qué hablaban? August estaba radiante, iluminado por las luces del patio, y supuse que alguna chica le estaría esperando en su país cuando regresara. Ella tendría toda la vida para mirarle y estar a su lado y yo sólo tenía aquel momento. Me pareció que no lo podía desaprovechar. Le pregunté con gestos si tenía hambre y me dijo que sí. En el frigorífico había unos sándwiches y unas cerezas que habíamos comprado esa tarde. Lo llevé todo a la mesa y puse dos platos en los extremos, uno para él y otro para mí. August se comió enseguida los sándwiches. Le tendí uno de los míos, que no había tocado, y también se lo comió. Se quedó mirando el otro y también se lo di. Me gustaba ver cómo devoraba los sándwiches, de dos bocados se los terminaba. Qué será estar dentro de esa boca, pensé. Era como si alguien hubiera encendido una luz en un lugar que siempre había estado en penumbra y todo lo viera por primera vez. Me levanté a por más agua y al pasar a su lado me tomó de la mano y me hizo sentar sobre sus rodillas. Yo no sabía qué hacer. Vi el plato de cerezas y cogiendo dos que estaban unidas me las puse nerviosa en la oreja. Lo hacíamos de niñas y decíamos que eran pendientes. Se movió un poco para acomodarme mejor y sentí la dureza de su sexo, el calor que desprendía. Se inclinó hacia mí y tomó con sus labios una de las cerezas que colgaban de mi oreja. Empezó a besar mi cuello con leves roces que me hacían cosquillas. Sentí su aliento cálido, mientras me giraba con fuerza hacia él para colocarme a horcajadas sobre sus piernas. Volvió a hablar. ¿Qué dices?, susurré casi sin voz. Rodeé con mis piernas su cintura enganchando mis pies en las patas de la silla. Empezamos a besarnos. Mi lengua salió al encuentro de la suya y nuestro beso fue lento y tierno, como si cada uno se alimentara de lo que el otro guardaba en su boca. Quiero que me folles, pensé. Quiero tu polla dentro de mí. Pensaba en cosas así, mientras sus manos viajaban libremente bajo mi pijama. Es extraño, ¿por qué en esos instantes nos gusta decir y escuchar esas palabras groseras, comportarnos como si no fuéramos los mismos que momentos antes habían estado hablando tan formales en el salón? ¿Por qué cuanto más vulgares son esas palabras nos parecen más locas y bellas? Cuando quise darme cuenta estaba desnuda gimiendo en sus brazos. Los míos rodearon su cuello y por un instante nos quedamos mirándonos mientras notaba su erección junto a mi sexo. Una de sus manos me atrajo aún más hacia él y yo subí mi pierna encima de su cadera para que pudiera introducirme el miembro. Lo hizo tan despacio que casi pierdo la conciencia, lo sacó y lo volvió a meter lentamente, repitió ese juego hasta que mi cuerpo se rindió por completo, pues enseguida dejó de dolerme. Nuestros movimientos se aceleraron. Yo acompañaba los suyos con mi cintura y la locura se apoderó de mí. No sabía dónde estaba, qué hacía, cómo era mi cuerpo, si estábamos en una casa o nos hundíamos en el agua. Su respiración se cortó por unos segundos

y separé mis labios de su boca para mirar su rostro. Tenía los ojos abiertos y clavó su mirada en la mía, sentía dentro de mí los pequeños espasmos de su pene. Le mordí el labio inferior mientras empezaba otra vez a moverse, entrando y saliendo dentro de mí. Gemimos los dos hasta llegar a un orgasmo común. Me separé de sus labios y puse mi boca en su oreja besándola despacio, jugando con mi lengua interminablemente, como si no quisiera que aquello terminara. Él hablaba en susurros, sin dejar de sonreír. No necesitaba conocer su idioma. Hablaba de lo que habíamos hecho, de lo que había pasado entre los dos. Hablaba de ese lugar donde habíamos estado juntos y de lo que habíamos encontrado en él. Hablaba de esos tesoros que brillan en la noche de los amantes y que estos no podrán llevarse consigo cuando amanezca.

Me separé temblorosa de él, recogí mi ropa y me retiré a mi cuarto, sin atreverme a mirarle. Estaba tan agotada que nada más acostarme me quedé dormida. Cuando abrí los ojos alguien me sacudía por el hombro. Era mi amiga. La luz suave del patio iluminaba su cara y daban ganas de acariciar su piel que parecía cubierta de un vello finísimo. Anda, ven, me dijo con un gesto de locura. Y tomándome de la mano me llevó hasta el dormitorio de sus padres. August estaba dormido en la cama. Era increíblemente blanco. No parecía un hombre joven, sino una criatura que viniera de la profundidad de un lago, como aquel pez que habíamos visto en la lonja. Nos acostamos cada una a un lado suyo. Me di cuenta de lo alto que era, pues apenas le llegaba a las rodillas. Y deslizando mi mano por su pecho tomé su sexo y empecé a acariciarlo. Me acordaba de lo que habíamos hecho en la cocina, y deseaba que volviera a besarme como entonces, volver a tenerlo dentro de mí. ¿A qué te vas a ir?, le dije. Pero fue mi amiga quien le atrajo hacia ella. Se abrazaron, la oí gemir, gritar de placer. Luego se volvieron hacia mí para acariciarme. La lentitud de aquellos movimientos me excitó de una manera que no había conocido nunca, y todo mi cuerpo se llenó de pequeños espasmos y temblores. No sabía a quién estaba besando, quien se abría paso en mi sexo, hasta que algo desconocido me hizo perder la conciencia. ¿Dónde estaba, de quién era la boca que tenía en la mía? Mordí dulcemente sus labios, le pedí que siguiera follándome. No había tomado precauciones y podía quedarme embarazada, pero no me importaba. Sólo deseaba volver a sentir aquel miembro tan hermoso entrando y saliendo de mí.

Ya por la mañana, y mientras mi amiga y August salían a la calle a comprar algo para desayunar, yo me quedé ordenando un poco la casa. Recogí los vasos y los platos que habíamos manchado. Hice nuestro cuarto y fui al de los padres de mi amiga y me quedé mirando la cama matrimonial donde habíamos pasado la noche. Las sábanas estaban revueltas y sentí deseos de llorar. Aquellos que habíamos sido esa noche dónde estaban, dónde sus cuerpos tan bellos y locos. Y comprendí que nada de lo que los hombres y las mujeres hacen cuando se acuestan juntos tiene que ver con lo que son y hacen en sus vidas normales, que ningún camino hay entre lo que sucede en esas camas donde se aman y el mundo al que regresan al despertar.